

Virialidad y confinamiento

por Denis Duclos*

Es extraño ser un participante desarmado ante el ascenso de un cataclismo, y de lamentarse por ser un observador. Nos atraviesan pasiones contrarias. La indiferencia forzada y el miedo sin control: la primera llama a seguir como si no pasara nada, el segundo a vigilar y castigar todo movimiento prohibido.

Dejemos al valeroso personal sanitario (y a los especialistas en infectología, epidemiología y virología) determinar la medida de una y otra actitud. Siguiendo a Plinio el Viejo (23-79 a.C.) observando a la gente alejarse tranquilamente de la lluvia de cenizas sobre Pompeya bajo almohadones –las mascarillas de la época–, trabajemos más bien en señalar algunos aspectos que recorren nuestra “sociedad-mundo” presa de la matemática del contagio.

En un pasado reciente, pandemias con números equivalentes –como la “gripe rusa” de 1889 (que alcanzó a una de cada dos personas)– o peores –como la “gripe española” de 1918, que se cobró varias decenas de millones de muertos, o la “gripe asiática” de 1957– no provocaron ningún pánico ni mundial ni local. Pero, desde hace poco, la humanidad se deja conmovir por peligros planetarios asociados a nuestras diversas desmesuras. ¿No hay ninguna relación entre la pesadez de esta angustia y el hecho de que una enfermedad comparable a las que sufrimos desde siempre pueda movilizar los combates hasta este punto?

Habíamos sospechado en 1996 que la enfermedad de la vaca loca transmitida al cerebro del hombre representaba, vía las harinas animales que alimentan el ganado, el canibalismo impuesto a nuestros pobres bovinos (1), y por lo tanto un espectro de *Cuando el destino nos alcance*, esa película de Richard Fleischer (1973) en la que los jóvenes humanos sobreviven devorando la carne de los viejos. Trece años más tarde, la epidemia de la gripe H1N1 creó inquietudes sobre las manipulaciones posibles para una guerra bacteriológica (2).

No hay que ir a buscar lejos para el Covid-19. Todo lo que nos da miedo de este virus preexiste en la mundialización actualizada: incertidumbre y sospecha acerca de las causas, duda acerca de los efectos adversos, virialidad cada vez más rápida (virus informático –extraoficial y oficial como las cookies– o reacciones instantáneas de la bolsa en 2008), dificultad de las contramedidas, peligros incrementados de conflictos, de crisis económicas, de errores políticos, de cambios autoritarios del Estado de derecho, etcétera.

Pero, a diferencia de las mundialidades económica y tecnológica que se abren a tendencias poco reversibles, la rompiente actual evoluciona hacia una cura probable, a pesar de su tributo de muertos. Se cuestiona la elección del mejor recorrido, y no la finalidad del proceso de cura y de sus coerciones, eventualmente discutidas. Existiría así, en el fondo de la dramaturgia del virus, esta vez actuada por todos los humanos, un frágil optimismo que ignora la variante colapsológica del ecologismo. Esto sin hablar de un “beneficio” que sigue siendo tabú evocar: la reducción inmediata y efectiva de las poluciones y de los residuos de recursos energéticos con la que el virus nos recompensa –claro está,



Foto: Sebastian Mejia

Alejandro Urrutia, Gravedad (Acero pulido y piedra volcánica Llaima) 2020 (Exposición en Galería NAC hasta el 30 de mayo) Recorrido virtual en <http://www.galerianac.cl/circular-alejandro-urrutia/>

como contrapartida del desempleo técnico y de su repercusión financiera, cuya factura nos espera...–.

Todavía hay que percibir las paradojas de esta esperanza. Bajo el activismo de la respuesta cuasimilitarizada a la pandemia, subsiste una reticencia a orientarse hacia las maneras de vivir que exigiría un futuro sustentable. La oposición guerrera entre virus y confinamiento de los pueblos señala la dificultad de una victoria: aunque los reagrupamientos de trabajo, de educación, de ocio, las intersecciones gigantes del desplazamiento y del consumo estén en el comienzo de las “grapas”, dándoles inicio a las trayectorias explosivas del virus, eso no nos indica algo que hayamos rechazado ver. La sociedad del futuro vivible tiene que estar organizada por entidades más pequeñas y cordiales, menos dependientes, menos conectadas (incluidas las redes de comunicación utilizadas por sus administradores para vigilar a las multitudes).

Sin criticar a los chinos o a nuestras autoridades sanitarias, ¿la presentación de una batalla librada a golpes de mascarillas y prohibiciones, y que desemboca en hospitales que se construyen tan rápido como se desarman, no participa de una teatralización que es también viral, de la cual un motivo es, detrás de la necesidad legítima de actuar en conjunto, la repugnancia a prevenir de manera me-

nos enrolada las causas de las tragedias planetarias?

Desde luego, el mercado ilegal de animales salvajes de Wuhan era frágil, pero nadie puede decir con certeza de dónde salió el virus, siendo que varios de los primeros contaminados no tenían ninguna relación con dicho mercado. En muchos campos, la ciencia experimentó orientaciones peligrosas y sistemáticas, al punto tal que están quienes imaginan que el virus habría podido escaparse de un laboratorio instalado no lejos del mercado. Una preocupación filantrópica y sanitaria auténtica a menudo pudo estar acompañada de errores o de desviaciones. Cómo no pensar acá en los perturbadores endócrinos diseminados en el medioambiente en nombre de la lucha moderna contra los parásitos o la falta de higiene, o en el implante de “dispositivos médicos” acerca de los cuales a una investigación sería le cuesta calcular a la vez los miles de millones de ganancias y las decenas de miles de víctimas.

Incluso si no hubo salida de los patógenos estudiados en los dos grandes laboratorios de Wuhan, el inconsciente colectivo no puede sino recordar la cultura que favorece la enfermedad-mundo. En la Ciudad Gótica planetaria, la batalla de los superhéroes enfrenta a aquel que, “por el Bien”, agita en guardapolvo inmaculado probetas e inteligencias artificiales, con aquel cuya risa desesperada in-

ciencia la calle. Dos encarnaciones juveniles de la misma dificultad a comprometerse finalmente en un empleo sabio de la universalidad. Practiquemos entonces lo mejor posible los rituales protectores, sin por eso calificar de traidores a los que preguntan qué cosa, para arrancarle vidas a una enfermedad, tendríamos todos que evitar vivir... A riesgo de aumentar otras mortalidades epidémicas ya masivas, como los suicidios y las depresiones.

Hariamos buen uso de este tiempo suspendido reflexionando acerca de tres virialidades poco controladas: la virialidad de los poderes que se alinean unos con otros, tentados por las políticas represivas que aíslan a las naciones, las familias, las personas; la virialidad de las tecnologías que, ocupando lo humano después de haber saqueado la naturaleza, intenta realizar el pensamiento “indudable” mediante la persuasión focalizada de los espíritus que generaliza a la velocidad de la luz (de la cual participan las técnicas de movilización, aunque a veces “necesarias” en una primera instancia); la virialidad finalmente del dinero, acelerado por las dos primeras y acelerándolas a su vez, y que responderá de muy buena voluntad (para fabricar tests, vacuna o mascarillas eficaces que no tengan que tirarse a cada hora, etc.).

Supongamos que cada una de estas virialidades mundiales designa indirectamente un problema que incumbe al 98% de los sobrevivientes del Covid-19. ¿La pareja virus/confinamiento no sintetiza entonces la cuestión de la acción impuesta a los modos de vida comunitarios, familiares, personales? En un futuro cercano habrá que limitar las movilizaciones despilfarradoras, contaminantes y regimentadas. La experiencia del teletrabajo y de la telescolaridad merece ser retenida, con la condición de que evolucione hacia actividades “para uno”, liberando lazos de asistencia que no sean la sumisión a las jerarquías centralizadas del empleo y la instrucción. Es decir, lo contrario del confinamiento. Y que preservarían comunas democratizadas, capaces de compensar nuestras tentaciones eternas de poder vertical, de saber absoluto y de acumulación monetaria de la nada.

Resumiendo, el Virus mundial no es solo un enemigo: es una indicación. ¿De qué? Del hecho de que la mundialidad, jamás vivida con tanta intensidad por el género humano, debe reducir las angustias inmemoriales que lo empujan a las certezas invasivas: control del otro mediante el poder político, control de los objetos y de los cuerpos mediante la tecnociencia, control de la totalidad mediante las finanzas. Lo que nos asusta del Virus –la incertidumbre acerca de su naturaleza y su destino– es la imagen de lo que nos aterra en nuestra vida, y eso tanto más cuanto que una sociedad de gestión de las poblaciones nos lleva a creer que puede decidir todo y regular en lugar de nuestros compromisos mutuos. ■

1. Léase “Raisons et déraison d’une psychose”, *Le Monde diplomatique*, diciembre de 2000.

2. Léase “Psicosis de la gripe, espejo de la sociedad”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, septiembre de 2009.

*Sociólogo.

Traducción: Aldo Giacometti